

La Traición y el Arresto.



NINGUNAS huellas del sufrimiento que acababa de sentir se notaban en el rostro del Salvador cuando salió á recibir al que le iba á entregar. Adelantándose á sus discípulos, preguntó á la turba :

“¿Á quién buskais ?”

“¡ Á Jesús Nazareno !” le contestaron.

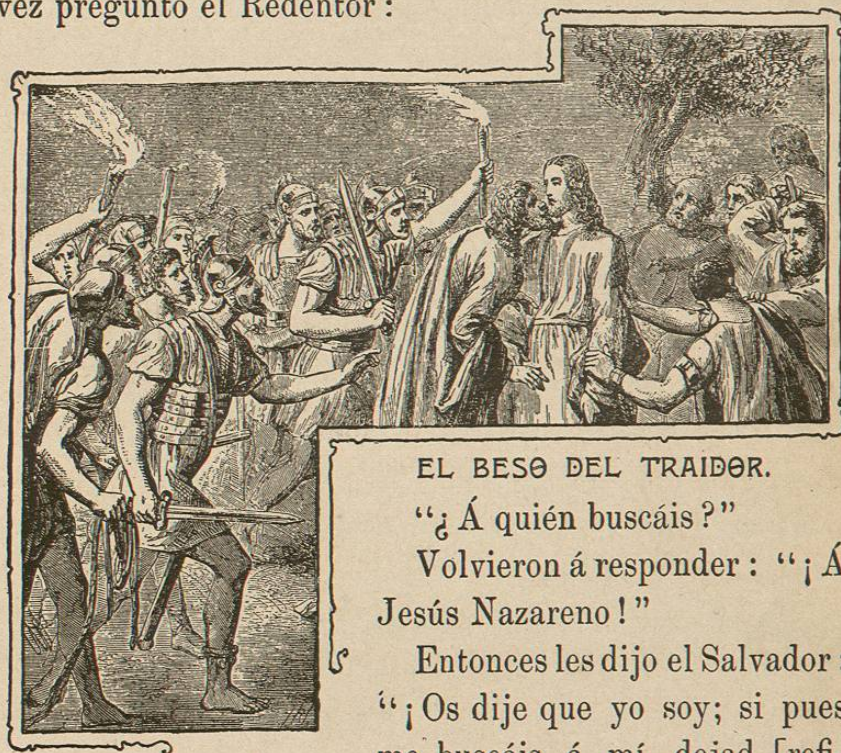
Jesús dijo : “¡ Yo soy !”¹

Al decir él estas palabras, el ángel que hacía poco le había auxiliado se interpuso entre él y la multitud. Una luz celestial iluminó el rostro del Salvador y una figura como de una paloma descendió sobre él.

Aquella gente asesina no pudo soportar esa gloria divina. Retrocedieron violentamente y los sacerdotes, los ancianos, los soldados y aun Judas cayeron al suelo como muertos. El ángel se retiró, desapareció la luz; Jesús pudo haberse escapado, pero permaneció allí intrépido y tranquilo. Sus discípulos estaban demasiado azorados para decir ni una palabra.

¹ Juan 18: 5.

Los soldados romanos pronto se pusieron en pié; y luego con los sacerdotes y Judas rodearon á Jesús. Parecía que se avergonzaban de la debilidad que habían manifestado y que temían que Jesús se les escapara. Otra vez preguntó el Redentor :



EL BESO DEL TRAIÐOR.

“¿ Á quién buskais ?”

Volvieron á responder : “¡ Á Jesús Nazareno !”

Entonces les dijo el Salvador : “¡ Os dije que yo soy; si pues me buskais á mí, dejad [refiriéndose á sus discípulos] que se vayan estos !”²

En aquella hora terrible, Cristo pensaba tan sólo en sus amados discípulos. No quería que ellos sufrieran aun cuando él tenía que ir á la prisión y á la muerte.

Judas, el discípulo falso, no olvidó el papel que tenía que representar. Acercándose á Jesús le dió el beso traidor.

² Juan 18: 7. 8.

El Señor le dijo: "Amigo ¿ á qué propósito vienes?"³ Y luego con voz temblorosa agregó: "Judas ¿ con un beso entregas al Hijo del hombre?"⁴

Estas palabras suaves debían haber conmovido el corazón de Judas; pero todo sentimiento de ternura y de honor le había dejado. Había permitido que Satanás se apoderara de él. Se sostuvo firme ante el Señor y no sintió ningún impulso de salvarlo de aquella gente feroz.

Jesús no rehusó el beso del traidor. En esto nos dió un ejemplo de mansedumbre, de amor y de misericordia. Si nosotros somos sus discípulos, debemos tratar á nuestros enemigos como nuestro Maestro trató á Judas.

Aquella turba sanguinaria recobró ánimo cuando vió á Júdas tocar esa forma que momentos antes se había presentado tan gloriosa á su vista. En seguida tomaron á Jesús y ligaron aquellas manos que siempre se habían ocupado en hacer bien.

Los discípulos no creían que Jesús se dejaría prender. Sabían que el poder que había derribado aquel tropel de gentes como muertos, podía librar á su Maestro de sus enemigos.

Grande fué su pena é indignación cuando vieron traer las cuerdas para amarrar las manos de aquel á quien tanto amaban. Pedro, lleno de ira, sacó su espada y con un inconsiderado golpe le cortó una oreja al criado del sumo sacerdote.

Cuando vió Jesús lo que Pedro había hecho, se soltó las manos, aunque los soldados romanos se las tenían fir-

³ Mateo 26: 50.

⁴ Lucas 22: 48.

memente asidas, y dijo: "¿ Permitted aun esto!"⁵ tocó la oreja herida y al momento la sanó.

Luego dijo á Pedro: "Vuelve tu espada á su lugar; porque todos los que toman la espada, á espada perecerán. ¿ O acaso piensas tú que no puedo orar á mi Padre, y él, ahora mismo, pondrá á mi servicio más de doce legiones de ángeles? ¿ Pero cómo se cumplirían entonces las Escrituras, las cuales dicen que es menester que sea hecho así?"⁶ "La copa que me ha dado mi Padre, ¿ acaso no la tengo de beber?"⁷

Luego volviéndose hacia el sumo sacerdote y los príncipes del Templo que estaban entre la muchedumbre asesina, les dijo: "¿ Como contra un salteador, habéis salido con espadas y palos, para prenderme? Todos los días estaba con vosotros enseñando en el Templo, y no me prendisteis. Mas sea así, para que se cumplan las Escrituras."

Los discípulos se disgustaron cuando vieron que Jesús no hizo esfuerzo alguno para librarse de sus enemigos. Le culpaban por que no lo hacía. No podían comprender su rendición á aquella turba y llenos de espanto, le abandonaron y huyeron.

En el aposento donde tomaron la cena, Jesús había pronosticado esto, diciendo: "He aquí que viene hora, y ya ha llegado, en que sereis dispersados é iréis cada cual á lo suyo propio, y me dejaréis sólo; y sin embargo no estoy solo, porque el Padre está conmigo."⁹

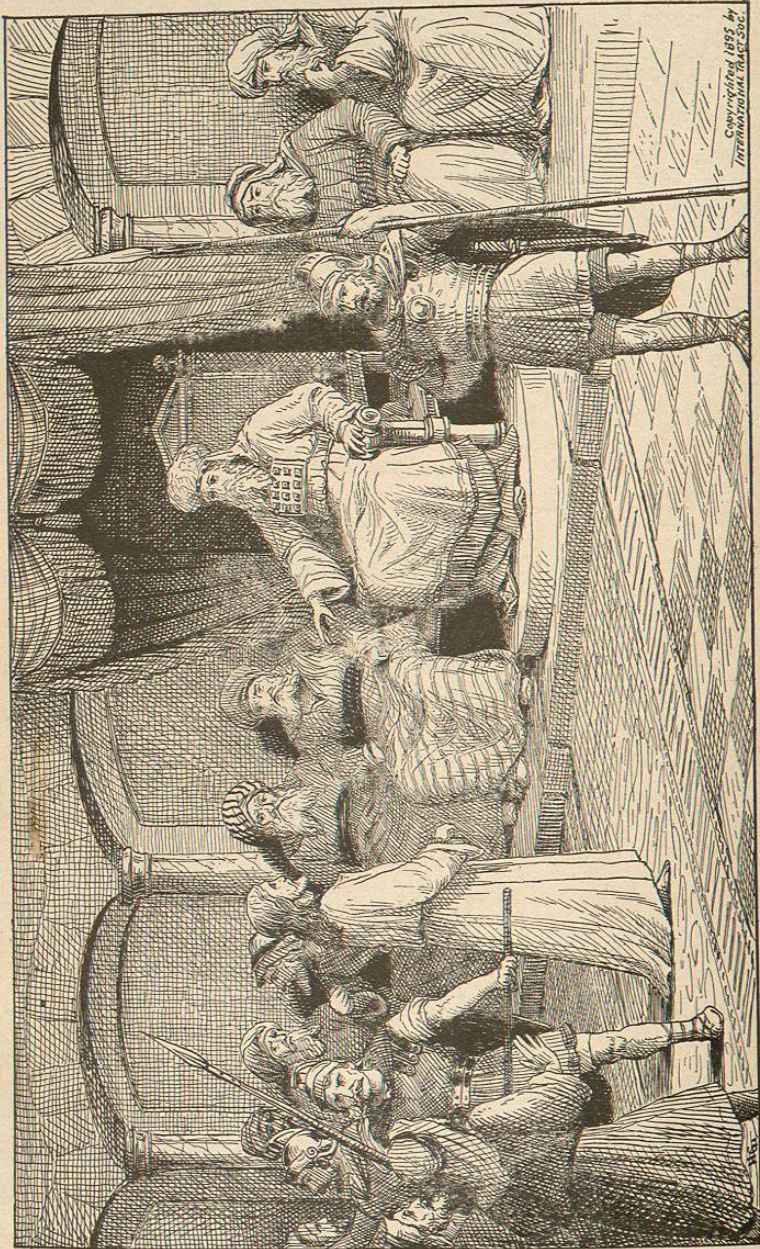
⁵ Lucas 22: 51.

⁶ Mateo 26: 52-54.

⁷ Juan 18: 11.

⁸ Marcos 14: 48, 49.

⁹ Juan 16: 32.



Ante el Sanedrín.

“Como cordero, es conducido el matadero; y como es muda la oveja delante de los que la esquilan, así él no abre su boca.”

Ante Annás, Caifás y el Sanedrín.



CUANDO Jesús fué llevado del huerto de Getsemaní, le siguió aquella turba gritando y silbando. Con dolor caminaba, sus manos estaban estrechamente amarradas y los soldados le custodiaban estrictamente.

Primero fué llevado á la casa de Annas, el suegro de Caifás, sumo sacerdote ese año. El maligno Annás había encargado que él fuera el primero á quien le enseñaran á Jesús Nazareno cautivo y amarrado. De allí le llevaron apresuradamente al palacio de Caifás.

Mientras que mandaban llamar á los miembros del Sanedrín, el consejo principal de los Judíos, Annás y Caifás interrogaron á Jesús, con el deseo de extraer alguna declaración que les sirviera para asegurar su condenación á muerte.

El suno sacerdote fué el primero que lo interrogó tocante á sus discípulos y á sus doctrinas. A esto contestó Jesús:

“Yo he hablado abiertamente al mundo; enseñaba siempre en las sinagogas y en el Templo, donde concu-

rren todos los Judíos : y en secreto no he dicho nada.”

Y luego pregunta á su vez : “¿ Por qué me preguntas á mí ? pregunta á aquellos que me han oído, lo que les he dicho.”¹

Estos mismos sacerdotes habían puesto espías para observarle y para referirles todas sus palabras. Por medio de estos espías los sacerdotes y gobernantes sabían todo lo que había hecho y dicho en cada reunión de gente que hubo y á la que él asistió. Estos espías habían asechado al Señor constantemente, tratando de encontrar algo en sus palabras para poderle condenar. Por esto dijo el Salvador : “Pregunta á aquellos que me han oído.” Recurrid á vuestros espías ; ellos han oído todo cuanto he dicho. Pueden bien deciros lo que yo he enseñado.

Las palabras de Jesús venían tan bien al caso y eran tan penetrantes que el sumo sacerdote sintió que su prisionero leía hasta lo íntimo de su alma.

Pero uno de los criados, considerando que su señor no era tratado por Jesús con el debido respeto, le dió á este una bofetada en la cara, diciendo :

“¿ Respondes así al sumo sacerdote ?”

A este golpe y á esta pregunta insultante, Jesús respondió con mansedumbre :

“¿ Si he hablado mal, dá testimonio del mal ! mas si bien, ¿ por qué me hieres ?”²

Jesús podía haber llamado desde el cielo legiones de ángeles en su auxilio. Pero era parte de su misión soportar en su caracter humano todo el escarnio y todos

¹ Juan 18 : 20, 21.

² Juan 18 : 22, 23.

los insultos con que la humanidad podía colmarle.

Luego que amaneció, se reunieron los miembros del Sanedrín, y Caifás tomó su lugar como presidente. A cada lado de él estaban los jueces, y en la plataforma ante el trono estaba formada la guardia de soldados romanos.

Caifás se dirigió á Jesús y le dijo que hiciera uno de sus grandes milagros ante ellos ; pero el Salvador no dió ni señal de haberle oído. Si hubiera contestado siquiera con una de sus penetrantes miradas, que escudriñaban el alma, tal como la que dió á los compradores y vendedores en el Templo, toda aquella multitud sanguinaria se hubiera visto obligada á huir de su presencia.

En aquel tiempo los Judíos estaban sujetos á los Romanos y no tenían facultad aun de castigar á alguno con la muerte. El Sanedrín no podía ni aun sentenciar á muerte ; podía únicamente declarar culpable al reo y recoger tales pruebas del delito que presentadas al gobernador romano le indujeran á imponer la pena capital

Para lograr su malévolo intento, necesitaban los Sacerdotes encontrar alguna acusación contra Jesús que fuese considerada criminal por la autoridad romana. Tenían sobradas pruebas que Cristo había hablado en contra de las tradiciones judaicas y contra mucho de su ceremonial. Era muy fácil comprobar que había difamado á los sacerdotes y á los escribas tachándolos de hipócritas y de asesinos. Pero esto en nada hubiera afectado á los Romanos, porque ellos mismos estaban muy disgustados por las pretensiones de los fariseos.

Muchos fueron los cargos que se hicieron en contra de Jesús, pero ó hubo desacuerdo entre los testigos, ó su testimonio era de tal naturaleza que no hubiera sido aceptado por el tribunal Romano. Trataron de hacerle contestar sus acusaciones, pero él pareció no oírles. Este silencio de Cristo fué descrito por Isaías el profeta, quien dijo :

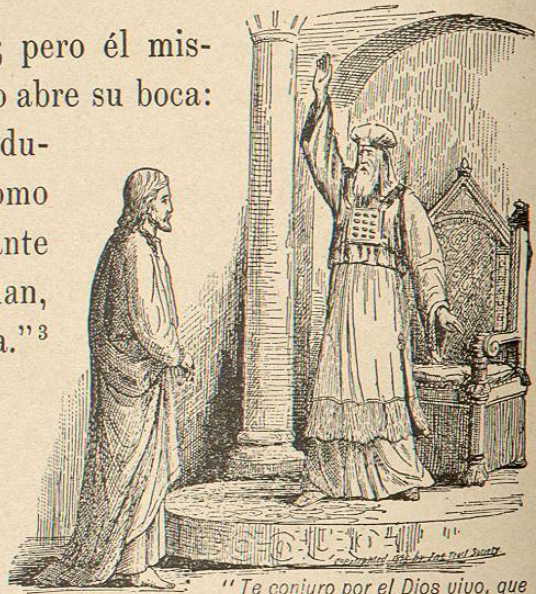
“Fué oprimido ; pero él mismo se humilló ; y no abre su boca : como cordero, es conducido al matadero ; y como es muda la oveja delante de los que la esquilan, así él no abre su boca.”³

Los sacerdotes comenzaron á temer que no lograrían conseguir algun testimonio que pudiesen usar en su contra cuando llevaran á su prisionero ante Pilato. Comprendieron que era necesario hacer un esfuerzo supremo. El sumo sacerdote, elevando su mano derecha hacia el cielo, se dirigió á Jesús en forma de un juramento solemne y le dijo :

“¡ Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas, si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios !”⁴

³ Isaías 53 : 7.

⁴ Mateo 26 : 63.



“ Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas, si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios.”

Jesús jamás negó su misión ni su parentesco con el Padre. Podía guardar silencio ante el insulto personal, pero siempre se expresó con claridad y decisión tocante á su obra y á su personalidad como Hijo de Dios.

Todo oído prestó su atención y todas las miradas se fijaron en él, esperando su respuesta :

“Tú lo has dicho.”

Esto equivalía, según el lenguaje de aquel tiempo, á decir : “ Sí ” ó “ Es como tú dices. ” Y era la forma mas enfática de una contestación afirmativa. Una luz celestial pareció alumbrar por un instante el pálido rostro del Salvador, cuando agregó :

“ Sin embargo os digo, que de aquí adelante habéis de ver al Hijo del hombre sentado á la diestra del poder divino, y viniendo sobre las nubes del cielo. ”⁵

En esta declaración el Salvador presentó una escena enteramente opuesta á la que entonces se desarrollaba.

Presagiaba el tiempo cuando él ocuparía el puesto de Juez supremo del cielo y de la tierra. Entonces estará sentado en el trono de su Padre y contra sus fallos no habrá apelación.

Les presentó una vista de aquel día, cuando en lugar de estar rodeado é injuriado por un pueblo grosero y turbulento, vendrá en las nubes del cielo con poder y grande gloria. Entonces será escoltado por legiones de ángeles. Entonces será él quien pronunciará la sentencia sobre sus enemigos, entre los cuales se encontraran aquellos que ahora le acusaban.

⁵ Mateo 26 : 64.

Acabando Jesús de declararse Hijo de Dios y juez del mundo, el sumo sacerdote se desgarró sus vestidos para mostrar su horror de la blasfemia que había escuchado y alzando las manos al cielo, gritó:

“¡Ha blasfemado! ¿qué más necesidad tenemos de testigos? ¡He aquí, ahora habéis oído la blasfemia!



“¡DIGNO ES DE MUERTE!”

¿Qué os parece?” Los jueces respondieron: “Digno es de muerte.”⁶

Cuando fué pronunciada la condenación de Jesús por aquellos jueces, una furia satánica se apoderó de la muchedumbre. El estruendo de sus voces fué como rugido de bestias feroces.

Se arrojaron hacia Jesús, gritando: “¡Digno es de muerte!” y á no haber sido por los soldados romanos, Jesús no hubiera vivido para haber sido suspendido en la

⁶ Mateo 26: 65, 66.

cruz del Calvario. Hubiera sido hecho pedazos ante sus jueces, si la fuerza romana no hubiese intervenido para rechazar la violencia del pueblo.

No obstante, los sacerdotes y gobernantes, así como otros hombres ínfames y de baja condición, se empeñaron en injuriarle y maltratarle. Cubrieron su cabeza con un manto viejo y sus perseguidores le golpeaban el rostro diciendo: “¡Profetizanos, oh Cristo! ¿quién es el que te ha herido?”⁷

Cuando le destaparon la cabeza, un miserable escupió la cara del Salvador.

En el registro de los ángeles de Dios consta cada mirada y cada palabra insultante, cada acción cruel, que entonces fué dirigida contra su adorado Señor. El día llegará en que esos hombres viles que escarnecieron á Cristo y escupieron su pálido aunque sereno rostro, le contemplarán glorioso, y mas radiante que el sol.

⁷ Mateo 26: 68.